

Expropiados, Paz.

Por Esteve Graset. Revista Fases. Agosto de 1991.

Nos encontrábamos en Zagreb para presentar Fenómenos atmosféricos dentro de la programación del Eurokaz. Por aquellos días estalló el conflicto yugoslavo, en un principio localizado en Eslovenia. En Zagreb (Croacia) la situación era de absoluta calma, el festival funcionaba normalmente, las terrazas de los cafés estaban llenas de clientes hasta altas horas de la noche.

Recibimos varias llamadas de la embajada española en Belgrado, ordenándonos abandonar rápidamente Zagreb y trasladarnos a Belgrado.

Consultamos con otras compañías extranjeras, con la dirección del festival, con amigos, llegamos a la conclusión de que no había ningún motivo. Que nos obligara a marcharnos sin cumplir nuestro contrato con el festival.

Entretanto, un funcionario de la embajada hizo unas declaraciones a la SER en las que manifestaba que Arena Teatro no obedecía las órdenes de la Embajada; que a este tipo de gentes se le debería de retirar el pasaporte; que permaneciéramos en Zagreb para -dadas las circunstancias hacernos publicidad; que en medio del conflicto en lugar de viajar a Belgrado nos íbamos de copas hasta la madrugada... los medios de comunicación españoles reprodujeron las declaraciones a “su manera”; en los informativos se habló de una compañía folclórica murciana atrapada en le conflicto...

¿Contar todo lo que se publicó o se dijo? ¿Para qué? Basta lo escrito para ver el reino de la confusión informativa ... ¿Y la verdad? ¿Pero es que a los medios les interesa la verdad? Les interesa la noticia de impacto, sea noticia o no. En ningún informativo se mostró el éxito de Arena en Zagreb ni el éxito del

festival. ¿Qué mejor imagen hubiera sido mostrar el ambiente del festival junto al conflicto de Eslovenia? Sólo se mostraron imágenes de tanques y más tanques, dando la sensación de que toda Yugoslavia estaba en guerra. Esto mismo creían los funcionarios de la Embajada: “En cualquier momento habrá un golpe de estado en Zagreb”. ¿Golpe de Estado? Cuando llegamos a Barcelona nos esperaban las cámaras. Declaramos que no habíamos visto ningún tanque, ningún bombardeo, que en Zagreb no había nada de todo eso. Hablamos de la experiencia artística, del Festival, de los deseos de la gente en Croacia... No salimos evidentemente en los informativos. Quizá hubiera sido una buena jugada hablarles de tanques, de sangre, carreras en la noche, pasos fronterizos... habríamos salido en los telediarios, pero ¿cómo hubiéramos podido decir que todo era falso? No habríamos podido. Y de todas formas no habrían hablado para nada del Festival. No era noticia.

Creía que las embajadas estaban para ayudar, pero, además de ayudar, la Embajada española nos entorpeció, nos confundió, nos ordenó cuando sólo podía sugerir... no se ocuparon de saber qué hacíamos o qué representábamos en Zagreb. La embajada creo yo, debía aprovechar la presencia de Arena en el Festival presencia subvencionada por el Ministerio de Cultura de España- para promocionar el arte escénico de España... no parecía ser esa su función. La embajada pretendía montar una performance consistente en que Arena huyera de Zagreb como una manada de gallinas (ninguna compañía extranjera se marchó: seguían llegando); un espectáculo posiblemente sublime para la Embajada, pero muy lejano de nuestros objetivos artísticos y sociales.

Cumplimos nuestro trabajo, vivimos una experiencia artística inolvidable, nos sorprendió el ambiente, el calor del público, los coloquios con artistas croatas.... Aquella gente nos inyectó una energía vital propia de la esperanza en

una situación nueva, en la libertad, en las expectativas, en la ilusión. Pero salimos de allí -una vez terminado nuestro trabajo- tres o cuatro días antes de lo previsto; no pudimos ver los espectáculos de otras compañías, no pudimos seguir dialogando, aprendiendo, viviendo en aquella ebullición. Sea por malentendidos, por falta de información, por maldad, por bondad: nos mandaron a casa. Nos expropiaron en uno de los momentos más ricos de la existencia de Arena Teatro.

El Eurokaz era una vez más una piña entre organizadores, público y compañías. Hoy que la situación ha empeorado en Croacia, recuerdo toda aquella gente con agradecimiento y espero que sus deseos no sufren demasiado el ímpetu artificioso de los saboteadores de siempre.

Texto escrito a finales de Agosto de 1991. Arena Teatro prepara en la actualidad para su próximo espectáculo *Expropiados*.

Expropiados de la memoria

Sebastián Ruiz

Pensábamos que todo nos pertenecía, tierra, agua, aire y sus cuerpos intermedios, personas casas, territorios, flora y fauna toda, nos era propio. Entonces aún nos llamábamos con un nombre. Nuestro territorio se extendería conforme a nuestra existencia.

Y así el devenir nos proveería con esa riqueza de la imaginación que son las creaciones del hombre, su bien más tangible, el “saber hacer”. Otras frutas de aquel paraíso fueran los cuerpos. Cuerpos ajenos, a nuestro servicio. Aves y peces, de corral y salvajes, subproductos del ave, lana de oveja, mierda de yak. Todo del cerdo se come. También los animales con espíritu, los hombres, entraban a nuestro servicio. Como esclavos, luego pagados. Como amigos/as, luego amantes. Incluso como hijos, luego mascotas. La faz de la tierra fragmentada en propiedades para nuestro sustento. Las entrañas de la tierra horadadas también en avidéz de mineral. El agua, que es lo mas bravo, hija de la tormenta, a pesar de su fuerza, poder, potencia, canalizada a nuestro servicio.

Propietarios de todo nos creíamos. Así crecimos. Así crecimos, cavando fosos y levantando castillos, como niños jugando en las arenas de una playa.

Pasado ese tiempo, perdimos la identidad, nos trocamos en número. El estado ordenaba su batalla. Se iniciaron expropiaciones. El ganado necesita veredas; las armas, hombre que apreten el gatillo; la industria, mano de obra que la postindustria sacrificará.

Todo el sutil imperio de nuestra creación fue expuesto en un mercado de cambio para el que nosotros ya no contábamos. Desdoblados, nuestro asesino nacía de nosotros. Para entonces, la tierra ya se había convertido en la tumba y a nuestro corazón cercaba el invierno.

Dictamos nuevas expropiaciones.

Ni siquiera nuestros momentos íntimos, los dolores secretos, las bajezas del espíritu, las vergüenzas más graves, nos pertenecían. Carne de diván, expuestos al recuento, a la estadística, teorizados, perdían su valor, nuestra sustancia.

Quizá ya no fuéramos ni número. Tal vez un átomo, un protón social. Algo observable. No las religiones nos salvaban. Las ideologías en su crepúsculo. El amor plastificado. La palabra de un hombre, que grosería. Habíamos dejado de creer en nosotros, en los otros y, lo más grave, en los acuerdos. Ni remota posibilidad de firmar pactos.

La devastación no atenuaba la procreación. De las propiedades granaban metapropiedades, revalorizadas propiedades, latifundios lunáticos, minifundios de sótano, vastos territorios de papel, tierra, microchips, posibilidades futuras, capas de la esfera, fondo marino, territorios de la mente, rascacielos, refugios antiatómicos y miles de técnicas que apropiadamente aplicadas a la ganadería, la agricultura, al artesanía, la industria, la mar, la sanidad, el ocio, la economía, darían frutos, que serían semillas consecutivas variantes, que harían de la trayectoria del hombre una locura fragmentaria inacabable.

Tiempo para todo, lugar para todos, y sólo en el periodo escaso de una generación.

¡Imposible!

Comenzaron los atropellos, overbooking fin de milenio. Los tour-operators de la Historia del hombre habían emprendido la magna tarea de acomodar

sobre la tierra, en las vísperas de su fin de fiesta, a todas las almas que animaron durante siglos los cuerpos donde habitó la especie. La superpoblación se ve así como un mal menor de la justicia social aplicada a la historia. Todos queríamos estar presentes, ya fuera en el gallinero o en los palcos, todos atentos ante la eclosión de nuestra gran obra acumulada.

Ahora sí que los expropiadores, con uniforme de acomodadores, se daban a su tarea, adecuando butacas para todos nosotros.

Allí están todos los reyes y altos mandatarios que gobernarán la historia, las queridas todas, infinidad de esclavos, palafreneros miles. Hombres que pasaron como víctimas. Víctimas que pasaron como héroes. Las castas todas, todas las clases. Buenos y malos, justos y bandidos. Todos observantes. El gran espectáculo del mundo llega a su último acto. Aquel que unos llaman Apocalipsis, otros “fin” y muchos “por fin la paz” ante nosotros. Se apagaron las luces, se levantó el telón. Todos cegados por un Sol Negro.

Pero de esto no guardamos memoria.